

MANUEL PARDO

NACIDO EN LIMA EL 12 DE AGOSTO DE 1834

SECRETARIO DE HACIENDA EN 1865

DIRECTOR DE BENEFICENCIA EN 1868

ALCALDE MUNICIPAL EN 1869

ORGANIZADOR DEL PARTIDO CIVIL EN 1871

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA EN 1872

PRESIDENTE DEL SENADO EN 1878

SOCIO HONORARIO DE LA "REAL SOCIEDAD GEOGRAFICA DE LONDRES"

Y DE LA "SOCIEDAD GEOGRAFICA ITALIANA"

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

Y DE LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS DE SANTIAGO.

MIEMBRO HONORARIO DE LA FACULTAD DE LETRAS

Y DE LA DE CIENCIAS POLITICAS Y ADMINISTRATIVAS

DE LA UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN MARCOS DE LIMA, Y DE CASI TODAS

LAS SOCIEDADES LITERARIAS, DE BENEFICENCIA Y DE INSTRUCCION

DE ESTA CAPITAL.

HONRA Y PREZ DE SU PATRIA;

Y POR SU TALENTO Y SUS RARAS VIRTUDES, UNO DE LOS MAS

GRANDES HOMBRES DE ESTADO DE SU TIEMPO.

ALEVOSAMENTE ASESINADO, A SU ENTRADA EN EL SENADO,

POR EL SARGENTO DE GUARDIA

MELCHOR MONTOYA

EL 16 DE NOVIEMBRE DE 1878.

LIMA, DICIEMBRE 16 DE 1878.

Señores Directores de "El Comercio."

Mucho y muy contradictorio es, en verdad, cuanto hasta hoy se ha dicho respecto á los detalles del sangriento episodio realizado el 16 de Noviembre en el Senado, y muy especialmente respecto á las palabras que el infortunado señor don Manuel Pardo pronunciara durante su agonía.

Comparando unas con otras las distintas narraciones hasta ahora publicadas, no he visto, desde luego, en casi todas ellas sino contradicciones que, en vez de arrojar luz, han sembrado la duda, desfigurando la realidad de los sucesos.

Testigo presencial de casi todos ellos, hubiera tal vez debido anticiparme á publicar la exacta relacion de lo ocurrido. Pero temi que, al hacerlo, se creyese que por este medio buscaba la ocasion de hacer sonar mi nombre, asociándolo por fuerza á un acontecimiento ruidoso, como el que tan honda y dolorosamente acaba de conmover á la República.

Léjos de mí semejantes pretensiones, que ciertamente no entran por mucho en mi carácter, bien quisiera, aún hoy mismo, poder abstenerme de la triste tarea que me impongo.

Pero habiéndose apelado al testimonio de mi humilde persona en una exposicion que acerca de este crimen, el señor don Modesto Molina dirige á ustedes desde Iquique, con fecha 25 del pasado; y tratándose ademas de disipar las sombras que un inocente error ó un piadoso deseo han venido á arrojar sobre la tumba de ese gran corazon tan generoso y noble, no puedo

ya excusarme de cumplir el deber que la verdad me impone, declarando lo que, para eterno desconsuelo mio, la fatalidad me hiciera presenciar en ese cruel, inolvidable trance.

Que aquellos á quienes, sin dañado intento, pudiere lastimar con mis declaraciones, se dignen perdonarme. Pero ante la tumba de aquel que hoy lloramos, toda egoísta consideracion sería un crimen.

Principio declarando que la exposicion del señor don Modesto Molina es muy aproximadamente verdadera ; y si he demorado hasta hoy para manifestarlo, es porque esperaba que cualquiera de los otros señores á quienes él alude, se anticipára á hacerlo, ahorrándome así la pena de tener que ocupar por primera vez la prensa. Además, la grave enfermedad de que acabo de salir hace dos dias, tampoco me lo hubiera permitido ántes de ahora.

Sabido es ya —é importa mucho recordarlo— que desde el instante mismo en que el señor Pardo fué herido por el plomo alevoso de Montoya, hasta mucho despues de haber caído aletargado en el patio del Senado, NO PUDO PRONUNCIAR NI UNA PALABRA.

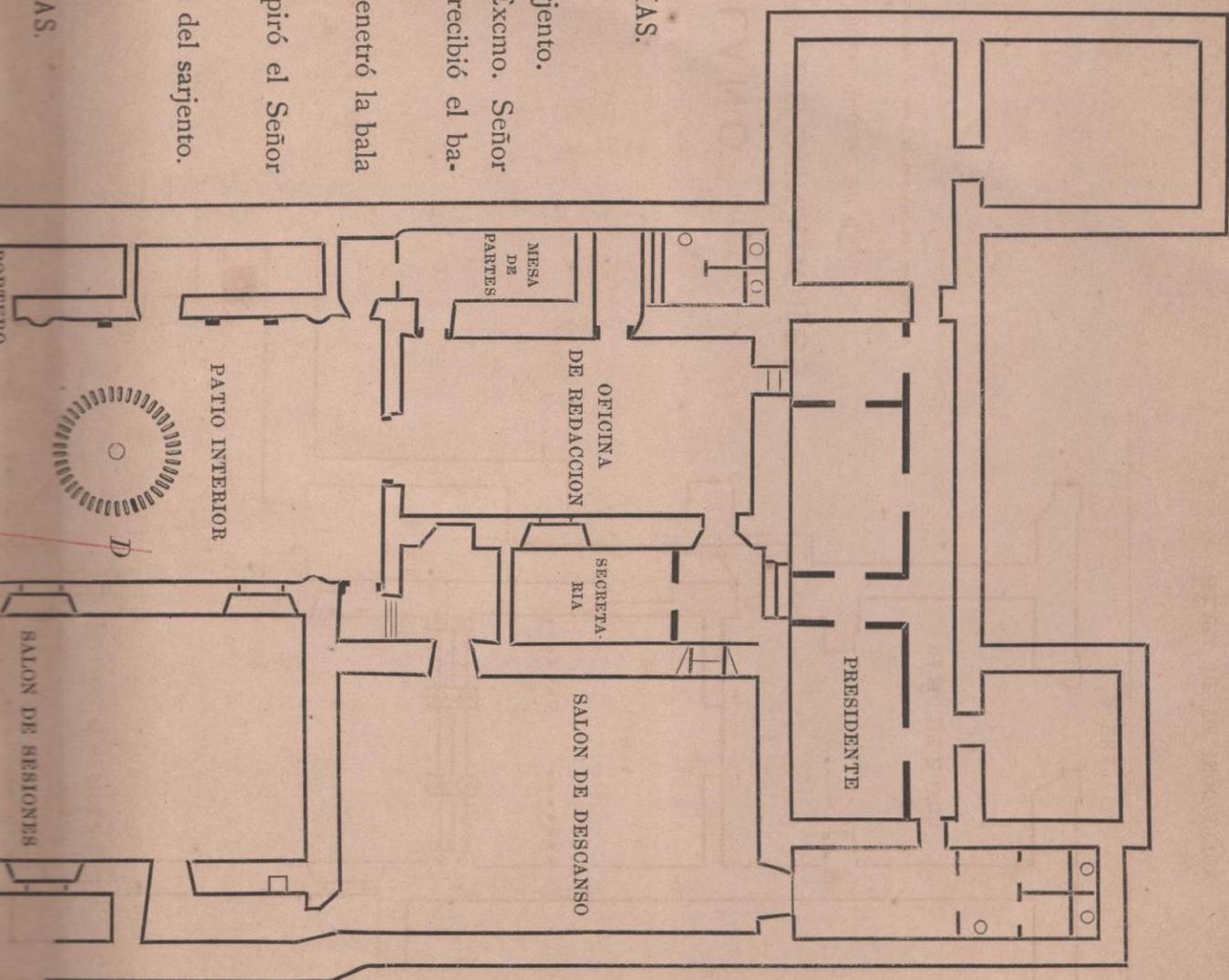
Oigamos lo que acerca de esto ha dicho el señor doctor Manuel Maria Rivas en el siguiente párrafo de su sentida y expresiva carta de 18 de Noviembre :

« Oí la detonacion de un tiro de rifle y sentí un ligero golpe y un vivo calor en la mano izquierda. El crimen estaba consumado. Miré á Pardo y lo ví INMÓVIL Y MUDO. Lo creí muerto y lo abracé estrechamente para impedir que su cadáver se desplomase. En este momento volvió hácia mí su rostro desfigurado ya por el dolor ; se apoyó fuertemente sobre mi cuerpo, comprimiéndose la herida con ambas manos, y exhaló un quejido desgarrador, tan íntimo y tan profundo que me partió el alma, haciéndome perder toda esperanza. Le hablé ; quiso contestarme y no salian de su pecho sino gemidos angustiosos. »

REFERENCIAS.

— 69 —

- A — Posicion del sarjento.
- B — Posicion del Excmo. Señor Pardo, cuando recibió el lazo.
- C — Lugar donde penetró la bala en la pared.
- D — Sitio donde espiró el Señor Pardo.
- E — Primera prision del sarjento.



DISTANCIAS.

DISTANCIAS.

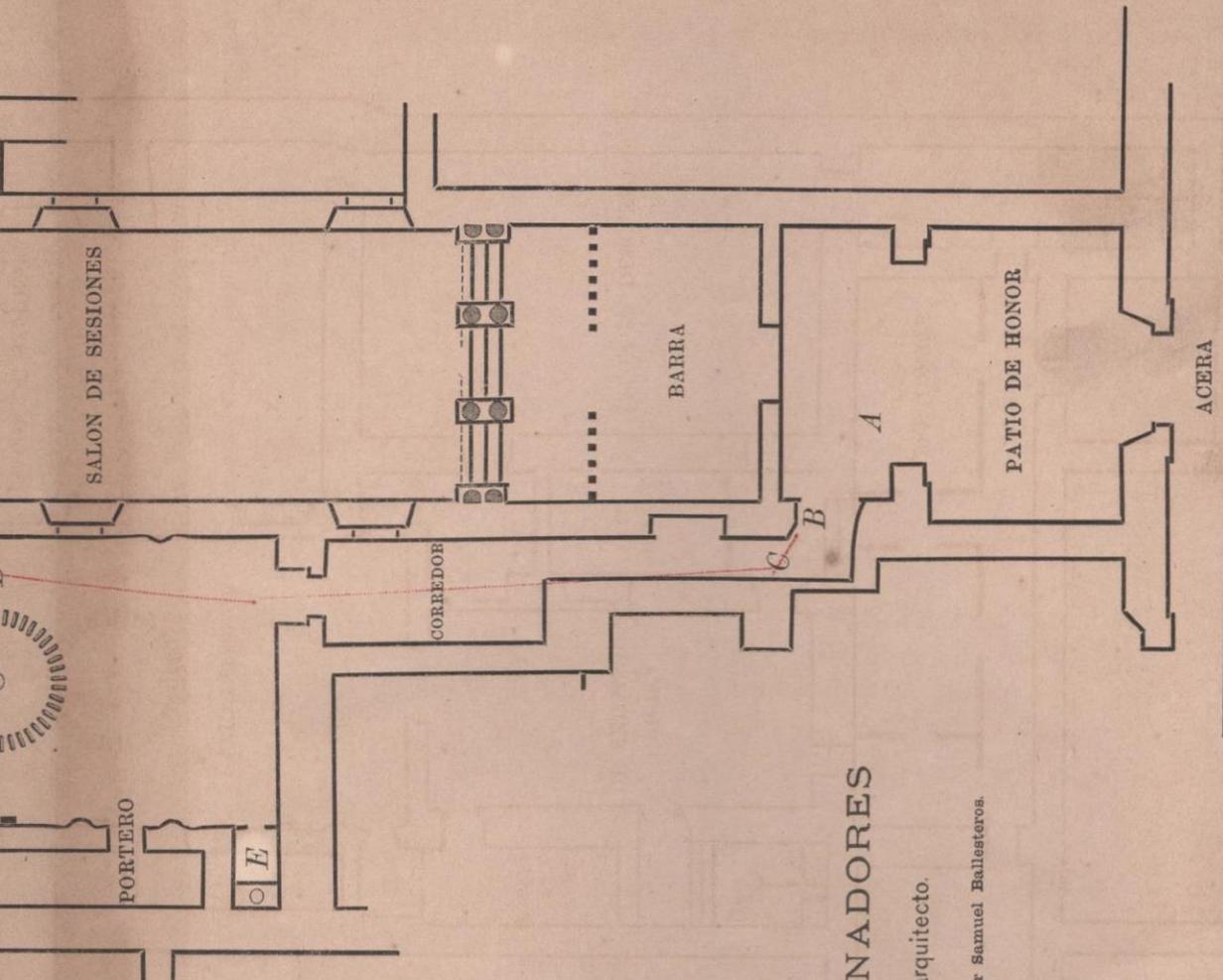
—ca—

De *A* á *B* 3,60.^m

De *A* á *C* 4,40.^m

De *B* á *D* 22,20.^m

Altura del punto *C* sobre el suelo
del corredor 1,30.^m



PLANO
DE LA CAMARA DE SENADORES

Levantado por Pícolas (Péquet), arquitecto.

Trabajado con tipos, en la Imprenta del Estado por Samuel Ballesteros.

Escala de 0,003 por 1^m

PLAZA DE LA INQUISICION

1878

« Comprendi que lo mortificaba hablándole y empleé todos
 « mis esfuerzos en conducirlo al interior del Senado. Esta fué
 « la parte mas amarga del papel que la Providencia me hizo
 « desempeñar en tan triste escena. Imprimí con mis brazos
 « un ligero movimiento á Pardo, y dió un paso, pero lanzando
 « un quejido ; repeti la misma tentativa, dió otro paso y lanzó
 « otro quejido ; tercer paso, quejido mas profundo ; y así re-
 « corrimos esta espantosa VIA CRUCIS, que á mí me pareció el
 « camino de la eternidad, hasta llegar al patio interior del Se-
 « nado, en donde, agotadas ya las fuerzas de la víctima, que
 « yo podia apénas sostener entre mis brazos, pedi ayuda á al-
 « gunos Senadores que salian precipitadamente del salon de
 « descanso. HASTA ESTE MOMENTO MANUEL PARDO NO HABIA
 « PODIDO PRONUNCIAR NI UNA SOLA PALABRA. »

Cayó entónces al lado de la pila y quedó aletargado durante el intervalo de unos quince minutos, poco mas ó menos.

Quando yo llegué al Senado, el letargo no habia concluído.

La guardia, en actitud amenazante, bayoneta calada y continente airado, cerraba en *ala* la entrada de la puerta, impidiendo el acceso del recinto.

El comandante Falconi, que estaba á retaguardia, me franqueó el paso.

A la entrada del pasadizo en que acababa de consumarse el crimen, vi sobre el muro izquierdo el agujero en donde la bala, despues de atravesar el cuerpo de la víctima, habia ido á clavarse. En el suelo, huellas de sangre, fresca todavía, marcaban el tránsito á lo largo de esa VIA DOLOROSA recorrida en brazos del señor Rivas por el moribundo; y al llegar al patio, hé aquí el espectáculo que se presentó á mis ojos.

A la derecha, cerca de la pila, tendido sobre el mármol, completamente inmóvil, yacia el señor Pardo, anegado en su sangre, reclinada la cabeza sobre un cojin de terciopelo rojo, velada ya su frente por esa siniestra palidez precursora de la muerte.

A la cabecera y hacia el lado derecho de la víctima, los doctores Moreno y Maíz, Armando Vélez y dos mas, que no conozco, le prestaban, arrodillados, sus auxilios.

Hacia la izquierda cerca de la pared, el coronel don Mariano Bolognesi, conteniendo las manos del herido.

A sus piés los señores Espiell y Daniel Nieto y algunos mas, que no recuerdo ahora.

En derredor, pálidos de emocion y consternados los señores Forero, García-Calderon, García y García, (Aurelio y José Antonio) Muñoz, Lizardo Montero, Manuel Velarde; Remijio Morales, Amaro G. Tizon, J. Enrique del Campo, Manuel María Rivas, Pedro Antonio Canseco, Federico Luna, (cuyas palabras y trastornado semblante mostraban claramente el estado de violenta desesperacion en que se hallaban) y muchos mas que no recuerdo ó cuyo nombre ignoro.

Al extremo opuesto, don Francisco Rosas, visiblemente ajitado y conmovido, se paseaba pensativo y solo.

En el ángulo izquierdo, á la entrada de un pequeño retrete reservado, el sarjento Montoya, sentado sobre el suelo, con mirada salvaje y extraviada y la barba apoyada entre las manos, expresaba en su cara, nó esa fria indolencia de que tanto se ha hablado, sino, por el contrario, la tempestad violenta que sacudia su alma.

Dos centinelas velaban á la puerta.

Por todas partes confusion y espanto, lágrimas de dolor, quejas amargas, gritos ahogados de desesperacion y rabia, semblantes lividos y airados; y por cima de todo, como un clamor hiriente, vibrando hasta el fondo del alma, el *ay!* desgarrador del moribundo.

Tal es el cuadro que se mostró á mis ojos en el primer instante y cuyo sangriento, aterrador recuerdo llevaré eternamente, como una áscua de fuego, en la memoria.

Yo miraba aterrado todo esto sin poder darme cuenta de lo que veía.

Creí estar soñando!

Acerqueme, por fin, y arrodillándome al lado de la víctima, contemplé tristemente los últimos destellos de esa alma que se iba.

¡Tanta grandeza en semejante estado!

Me pareció mentira.

Aunque muy pálida ya y desfigurada por el sufrimiento, su cara conservaba, sinembargo, ese sello imponente de altivez y esa expresión benévola y discreta que lo hacían generalmente tan simpático.

Pasado ya el letargo, sus ojos se entreabrieron, mirando en torno suyo como para reconocer lo que le rodeaba; pero fatigados por la intensa luz que los hería, volvieron á cerrarse. Sus músculos se contrajeron fuertemente: lanzó un grito profundo y penetrante y quedó casi inmóvil un momento. Luego, cual si reconcentrase sus recuerdos, pronunció estas palabras, que fueron las primeras:

QUIÉN.....ME HA MUERTO?

Un soldado, señor — le contestaron.

Ví entónces su frente dilatarse: pintóse en su semblante una expresión muy triste, y luego, moviendo lentamente la cabeza,

POBRE! LO PERDONO

exclamó con acento solemne y conmovido; y dos lágrimas brillaron en sus ojos.

Yo las sequé con un pañuelo salpicado de sangre, que conservo.

Después, fijando sobre nosotros una mirada ansiosa y casi suplicante,

MI FAMILIA

dijo; y al decirlo palpitaba en su voz el sentimiento.

Bien se advertía cuán honda era su pena al pensar en los seres que en pos de sí dejaba al abandonar la vida.

La sed ocasionada por la fiebre debia ser muy viva á juzgar por el agrado con que tomaba la nieve que le daban.

Al acercarle una tercera cucharada de coñac con agua, desvió la cabeza con marcada repugnancia.

—*Tome usted señor : esto le hace bien* — le dijo el doctor Vélez.

Tomó dos mas ; pero rehusando la quinta y procurando incorporarse,

BASTA.....dijo, ME AHOGO.....SIÉNTENME.

Y, en efecto, se ahogaba.

Perdónenme la CIENCIA y sus sábios doctores ; pero siempre he creído, y con gran desconsuelo, que lo que con mas fuerza contribuyó á acelerar la muerte, fué precisamente lo que entonces se hizo para retardarla : IMPEDIR POR COMPLETO LA SALIDA DE LA SANGRE, Y MANTENER INMÓVIL, DURANTE UNA HORA, EN POSICION HORIZONTAL EL CUERPO DEL HERIDO ; posición la mas apropiada, ciertamente, para que la sangre, *no encontrando salida exteriormente*, invadiese la region de los órganos respiratorios, abierta por la bala.

LA CONJESTION PULMONAR ERA LA MUERTE.

Y media hora despues lo fué, en efecto.

La herida era mortal, se dirá ; sus consecuencias fatalmente inevitables, y la hemorragia habria precipitado el resultado.

CIERTO.

Pero precisamente esa misma razon está probando que si la hemorragia hubiera sido hábilmente regulada, como pudo serlo ; la muerte habria sido ménos violenta y dolorosa ; la vida se hubiera prolongado, siquiera breve tiempo, deslizándose insensiblemente con la sangre de la víctima, y evitádosele los crueles sufrimientos que embotaron al fin sus facultades, impidiéndole hacer postreras confianzas que, indudablemente, habrian sido de suprema necesidad para los suyos y tal vez de gran luz para la historia.

Completamente extraño á una ciencia que venero, no lanzo UNA OPINION, al decir esto : expreso simplemente MI CREENCIA.

Si ella es absurda, excútese mi ignorancia, siquiera en gracia de mi buen deseo.

Sin embargo, no me atreví, por cierto, entónces, á expresar allí esta idea, temiendo cometer una imprudencia, desde que veía, que no obstante de hallarse la víctima, ya casi yerta, tendida sobre el mármol, se insistía en dejarla en ese estado, por temor de que al *movérsele* para conducirla á mejor sitio ó siquiera ponerle debajo algun abrigo, sobreviniese nuevamente la hemorragia, que ya al principio habia sido contenida. Y es tambien por esto que, cuando algo despues, al colocarse el coleccion que el coronel señor Manuel Velarde trajo con tal objeto de uno de los cuartos interiores ; él, los señores Espiell, Molina, Niëto, yo y alguno mas, que no recuerdo ahora, nos limitamos á ponerlo tan solo bajo las piernas del herido, á fin de impedir que sus piés, ya casi helados, y que los señores Tizon y Nieto habian descalzado y cubierto con un sobretodo, llegáran á mojarse con el agua que cubria esa parte de las lozas.

Entretanto, el tiempo trascurría y la respiracion se hacia cada vez mas difícil y penosa. Sus ojos, ya velados, se entreabrian de cuando en cuando, con mirar incierto. Sus manos, lívidas y cubiertas de sangre, vagaban á veces como buscando apoyo. En una de esas veces, su derecha cayó maquinalmente sobre la cadena del reloj del doctor Vélez, oprimiéndola en seguida con tal fuerza, que, á no haberla éste desprendido á tiempo, habria indudablemente sido rota.

Gemidos incesantes salian cada vez mas débilmente de su pecho y una angustia mortal estaba retratada en su semblante

DIOS MIO !.....CUÁNTO SUFRO !

exclamó, torciéndose de dolor y llevando sus manos á la herida.

El coronel Bolognesi lo contuvo.

Y, pasados algunos instantes,

QUÉ HORRIBLE DOLOR !

con acento tan agudo y penetrante que hizo estremecer involuntariamente á todos.

Ya la respiracion era angustiosa : su rostro lívido y demudado, expresaba el punzante dolor que lo abrumaba.

El aire sofocante, pesado, casi irrespirable por la aglomeracion de la jente agrupada en torno suyo, lo asfixiaba, y se veía su pecho dilatarse acelerada y convulsivamente.

— *Señores, por favor, un poco de aire* — gritaba desesperado el coronel Canseco.

Todo era inútil.

Los grupos se alejaban un momento para volver despues como atraídos por un poder de irresistible fuerza.

Todos los ojos, todos los corazones parecian pendientes de su aliento, ante esa lucha espantosa de la vida con la muerte.

Trascurrieron asi pocos minutos, hasta que, conociendo tal vez que su fin se aproximaba ; como reconcentrando todas las fuerzas de su espiritu y dirigiendo un instante hácia arriba sus miradas,

PERDONO.....Á TODOS

exclamó, débil y lenta, pero claramente.

Comprendí, trastornado, la colosal grandeza de esa alma extraordinaria y toda la magnitud de nuestra desventura.

Miré á los demas y no vi sinó lágrimas que rodaban silenciosas por todas las mejillas.

.....
La agonía habia principiado.

Llegó á poco rato el Padre Caballero y despues de confesar brevemente en voz alta al moribundo y exhortarlo á un arrepentimiento sincero, preguntóle :

— *¿ Perdona usted á sus enemigos para que Dios le perdone sus pecados ?*

SI, Á TODOS — contestó.

— *Hasta á su asesino ?*

TAMBIEN

dijo, inclinando varias veces la cabeza.

Al recitar el acto de contricion se vió al moribundo agitarse con desesperado y anhelante esfuerzo por repetir las palabras que el sacerdote pronunciaba. Quería hablar, pero solo salian de su boca entrecortados y confusos ecos.

Su voz espiraba casi en la garganta.

La sangre habia llenado los pulmones, y, faltándole el aire, se ahogaba.

Poco despues ya no se oían mas que sordos genidos, apénas perceptibles ; pero sus ojos hablaban todavía.

Era horroroso ver lo que sufría !

Cuando su esposa la señora doña Mariana Barreda y su hijo don Felipe, conducidos por el señor don Ernesto Malinowski, entraron al Senado, se produjo en el patio una confusion extraordinaria.

Movidos por un sentimiento de commiseracion profunda, trataban todos de impedirles avanzar para evitarles el dolor de presenciar tan horroroso y lúgubre espectáculo.

La infeliz señora, trastornada y pálida como la muerte, llegó casi sin vida hasta poca distancia de los piés del moribundo ; pero un muro de gente se habia ya interpuesto entre él y ella, velozmente.

— *Déjenme verlo..... Un momento siquiera* decia, sollozando, con acento desfallecido y angustioso ; y su voz se apagaba entre las lágrimas.

Conmovidos ante tanto dolor, quisieron algunos procurarle este último consuelo. Pero hubiera sido inhumano el consentirlo, exponiéndola á los azares de semejante prueba ; y al fin fué conducida por los señores Lizardo Montero y José Antonio Garcia y Garcia, á uno de los salones interiores, en tanto

que su hijo don Felipe; anegado en llanto, luchaba desesperado por llegar hasta su padre

— *Por Dios, don Felipe; si usted lo vé, lo mata!*

le dije con tono suplicante; pero él nada escuchaba; hasta que vencido por los ruegos de todos, desistió por un instante de su empeño.

Mas tarde, sinembargo, se le veía arrodillado al lado de su Padre!

El Padre Caballero, que poco ántes se había retirado despues de dar su absolucion al moribundo, volvió en seguida acompañado de dos otros sacerdotes y le administró los últimos auxilios.

Bien sabido es por todos que á la primera noticia que S. E. el señor General Prado recibió del acontecimiento, acudió rápidamente en un coche de plaza al lugar de la catástrofe; y que al ver el cuerpo ensangrentado de la víctima, exclamó horrorizado:

¡ Oh vergüenza !....

Cuando yo, sin fuerzas ya para resistir por mas tiempo tan crueles emociones, salía del Senado; en el patio de honor, y á tres varas del sitio en donde se habia perpetrado el crimen, el Jefe del Estado, visiblemente conmovido todavía, hacia relevar, por si mismo, la guardia infidente de Pichincha.

Tres minutos despues, todo habia concluido.

Tal es, señores directores, la exacta relacion de cuanto he presenciado.

Si por consecuencia del inevitable y natural aturdimiento producido en el ánimo por la grandeza misma de los acontecimientos, y en razon del tiempo hasta ahora trascurrido, pudiera haber alguna ligera confusion en mis ideas; tal confusion

no podría alterar sustancialmente la estricta realidad de lo que
dejo expuesto. Y puedo, en rigor, asegurar que durante todo
el tiempo que permanecí al lado de la infortunada víctima, NO
LE OÍ PRONUNCIAR UNA SOLA PALABRA REFERENTE A DEUDAS.
Al declararlo, tributo lealmente mi último deber á su memoria.

De ustedes, señores directores.

FELIX ANTONIO DEGLANE.

